

El viejo cumplió su programa al pie de la letra. Antes de amanecer ya estaba en acecho, escondido entre unos matorrales, á cosa de cien pasos del lugar donde algunas horas antes había dejado el bolsillo vacío.

Ya clareaba la aurora á través de los apiñados árboles; todo era silencio y quietud en aquel agreste paraje; solo se oía á lo lejos el gallo madrugador que entonaba su alegre canto...

La fresca brisa matinal llevó luego á oídos del tío Pulgas otros rumores lejanos, procedentes del pueblo que se despertaba; ladridos de perros, rechinar de ruedas de carros, la campana de la Iglesia tocando á misa de alba...

De pronto atravesó la espesura del follage, como brillantísima flecha de oro, el primer rayo de sol... Casi al mismo tiempo oyó pisadas el tío Pulgas, y se enderezó con rapidez.

Quien se acercaba era el Sr. de Contrueces con su escopeta al hombro y seguido de un hermoso perro de caza. Hízose el encontradizo el tío Pulgas, mediaron los correspondientes saludos, y caminando senda adelante hallaron á poco trecho el bolsillo del Sr. Lucas.

Imposible sería explicar el asombro, la estupefacción, casi el terror que se pintó en la cara del mal intencionado colono al ver al Sr. de Contrueces tomar el bolsillo y reconocer que estaba repleto de oro... ¡Justamente las ochenta monedas isabelinas!

No habrá necesidad de decir que el Sr. de Contrueces sabía de sobra quien era el que había puesto allí aquella cantidad...

—Este dinero...—dijo con mucho aplomo, dirigiendo una mirada de soslayo al tío Pulgas, y alargándole el bolsillo, que el tomó temblando— Este dinero *se yo* que es del Sr. Lucas, á quien se lo iremos los dos á devolver ahora mismo.

El viejo farfulló algunas palabras sin sentido. Estaba como alelado; creía soñar..., y vió, sin fuerzas para moverse, que el Sr. de Contrueces echaba á andar en dirección al pueblo.

En esto se oyó la voz de Pedro que gritaba:— ¡Padre, padre!

Venía el muchacho jadeante, trayendo en la mano un pañuelo hecho nudos, dentro del cual sonaba un ruido metálico. La conciencia de Pedro habíale impulsado á impedir que cometiera aquel robo su padre...

Pero éste, que lo comprendió, sacudiendo la repentina parálisis que le sobrevino á consecuencia del nuevo y misterioso hallazgo, le arrebató el pañuelo, y le dijo con voz tartamuda:

—¿Qué traes aquí?..

—El dinero del Sr. Lucas...

—¡Cállate, cállate! Este dinero es nuestro.. De-

volveremos al Sr. Lucas el suyo... ¡Mira!—añadió mostrando el bolsillo —Lo hemos encontrado.. ¡lleno! con las mismas ochenta monedas.

Pedro se puso pálido como un difunto, y mientras su padre corría á reunirse con el Sr. de Contrueces, murmuró acordándose de su Juanica:

—¡Dios mío... esto es un milagro, un milagro!

RAMIRO BLANCO.



¿CÓMO LA PASAN?

La Noche-buena del rico
pasa con indiferencia.
Todas le parecen malas;
todas le parecen buenas.

Para el joven licencioso
es sinónimo de orgía.
¡Noche en que suele gastarse...
dos ó tres años de vida!

Para el pobre es un tormento.
Y ¿cómo no serlo, al ver
tanto plato de comida
no teniendo qué comer?

Para quien tiene en la tumba
uno ó más de su familia,
es un dolor esa noche
la general alegría.

Y para los corazones
que en familia la celebran,
parece que el niño viene
á tomar parte en la fiesta.

G. DE ON.



EL CAJISTA



LUAN López era cajista de una imprenta de un popular diario delatarde. Su aspecto sencillez, de gran cultura y finos modales, se captaba entre sus compañeros el aprecio á que era acreedor por sus buenas cualidades.

El encargado de la imprenta le trataba con más consideración que á ninguno de sus compañeros,